

formado allí de mil maneras bajo el cincel de los artistas para adornar patios y galerías. Todas las artes habían rivalizado á fin de aumentar el esplendor y magestad del gran monarca de Occidente. Cerca de cada palacio se alzaba un templo de análoga magnificencia, dedicado á alguna de las divinidades del ritual tolteca. El templo de Oro situado al Este, había tomado su nombre de las cinceladas láminas de dicho metal con que fué enriquecido; al Oeste se veía el templo de Esmeraldas y Turquesas; al Mediodía el de las Conchas, y al Norte el de Alabastro, así llamados por la naturaleza de sus adornos. Estos cuatro santuarios eran, tras el de Quetzalcohuatl, los más ilustres de la corte, y estaban servidos por los pontífices mayores en dignidad después del soberano."

Acaso la anterior relación se antoje al lector, como á nosotros, más bien que verídico bosquejo de la cultura relativa á que llegó la monarquía tolteca en sus mejores tiempos, poema ideado por una imaginación lozana y trazada por hábil pluma, con vista de los adelantos que siglos más tarde alcanzó la civilización indígena. Las mismas citas de Lorenzana, Cortés, Torquemada y otros autores llamados por el abate Brasseur para comprobar la veracidad de su pinfura, están demostrando que hizo á los toltecas de 880, donación de to-

do aquello que en materia de artes y cultura causó en México la admiración de los conquistadores españoles en 1519, es decir, más de 600 años después. Apuntado sea esto en honor de la verdad, y no con el bajo intento de deprimir escritos cuyo mérito somos los primeros en proclamar.

XII

Salida de Quetzalcohuatl de Tula.—Culto de Tlaloc y Matlalcueye.—Versiones acerca de la desaparición del profeta.

Hemos dicho con arreglo á la leyenda compilada por el abate Brasseur, que el célebre profeta de Tula, tuvo que dejar el trono á Huemac, á quien llamaban también Tetzcatlipoca, y que era el jefe de los sectarios del culto de este nombre.

Píntale la tradición como hombre atrevido y audaz, que importunaba al rey en sus mismos aposentos, exigiéndole en nombre del deseo público la autorización para volver á celebrar los sacrificios humanos, que sin ella tenían ya lugar en Colhuacan y otras ciudades. Intimidado el rey ó convencido de que la represión que hasta allí su autoridad había ejercido, era ya de todo punto ineficaz, se encerró con sus principales sirvientes y tesoros en los subterráneos de su mismo palacio, á tiempo que

la sangre humana, con menosprecio del trono, corria ya en los altares de Tula y que las calles eran teatro de combates encarnizados entre los bandos enemigos. Pocos días después, el profeta salió secretamente de la corte y tomó el rumbo del valle de México. Al tener noticia de su marcha fueron á alcanzarle sus partidarios, rindiéndole nuevos homenajes, que tambien le ofrecian las poblaciones del tránsito. Iba con todo el ceremonial de los tiempos de su prosperidad: los sirvientes llevaban sobre su cabeza el quitasol y tañian flautas. Cuenta la leyenda que al llegar á la cima de los montes que circundan a Tula, dirigió á esta corte por última vez sus miradas; que sentándose con tristeza, lloró al aspecto de la ciudad por él tan amada y embellecida, y que sus lágrimas corrieron en tal abundancia, que ablandaron las piedras inmediatas. "Dejó caer en ellas—agrega—sus manos, y quedaron impresas allí como si fuese en tierra blanda: de donde viene á este lugar el nombre de "Temacapalco" que se le dió en memoria de tal prodigio.

Continuó su camino hácia Quauhtitlan, donde se detuvo algun tiempo, avanzando en seguida por las vertientes de las montañas hasta cerca del Popocatepetl. Próximo ya á los lagos, fué detenido por sus perseguidores quienes le despojaron de

los libros en que habia anotado los secretos de ciencias y artes, causa de la prosperidad de los toltecas, é hicieron regresar á los sábios y artistas que acompañaban á Quetzalcohuatl. No se vió este personaje libre de los ultrajes de sus enemigos, sino cuando traspuso las montañas que separaban el Anáhuac de las llanuras de Huitzilapan, donde se alzaban las ciudades de Cholula, Tlaxcala y Huexotzingo. En la primera de ellas le hace residir por espacio de algunos años la leyenda de Brasseur, que aun registra por este tiempo la fundacion de tal ciudad, anterior segun Veytia, como ya hemos dicho, á la monarquía tolteca.

Ocasion es esta de que digamos algo acerca del culto de Tlaloc y de Matlalcuaye, divinidades que estaban en auge en las expresadas llanuras de Huitzilapan. Hablando Brasseur de las alturas de la sierra que las circunda, dice que llevaban dos de ellos los nombres de tales divinidades. "Al Oeste, del lado de Texcoco, se adoraba á Tlaloc en sus soberbias eminencias; y al Este, del lado de Tlaxcala, recibia Matlalcuaye los homenajes de los pueblos. Tlaloc era el dios de las aguas y de la fecundidad de la tierra: su estátua, sentada en un vasto pedestal de piedra, vuelta hácia el Oriente, descollaba sobre la mas elevada cima y desde allí dominaba las

regiones que á gran distancia se extendian á sus piés. Habia ante el idolo un gran vaso ó receptáculo cavado, que sus adoradores llenaban continuamente de ofrendas: veíase allí toda clase de semillas, legumbres y frutas de los alrededores; cada año, al terminar las cosechas, las poblaciones se apresuraban á llevarle el tributo de su reconocimiento. La tinta azulada que en su altura considerable tomaban las cumbres de la cordillera, hizo que se le diese el nombre de Matlalcueye. Los habitantes de la tierra del Pan (Tlaxcala) habian dedicado un templo á esta divinidad en una de las mas agrestes rocas, y la devocion llevaba allí anualmente gran número de peregrinos. Con posterioridad el nombre de Malinchi vino á destronar al de la diosa de las aguas; pero en el llano que se extiende al pié de la hermosa montaña (1) las ciudades hoy decaidas de Huexotzingo, Tlaxcala y Cholula han conservado los nombres mismos que las ilustraron en los antiguos anales de las naciones americanas."

Quetzalcohuatl, siguiendo la leyenda á que así en el anterior capítulo como en

(1) Vista desde una parte del camino de México á Puebla, ofrece en su perfil el aspecto de un inmenso cadáver tendido y con las manos sobre el pecho.

en este nos referimos, vivió y reinó en Cholula por espacio de mas de diez años, predicando su doctrina y embelleciendo tal ciudad y las poblaciones anexas. Durante ese espacio de tiempo Huemac habia consolidado en Tula su autoridad por medio del terror, y esta corte vió muy disminuído el número de sus habitantes á causa de la emigracion de la mayor parte de los sectarios del profeta, quienes sucesivamente vinieron á establecerse en Cholula. Seguro Huemac de que en su ausencia no se le revelarían los toltecas, celoso del auge á que habia llegado la monarquia rival, no menos que temeroso de que su antecesor, viéndose con elementos de fuerza tan considerables, tratara de recobrar el trono que diez años antes se vió obligado á abandonar, puso en armas su gente y se dirigió con ella á las llanuras de Huitzilapan. Pero el profeta no quiso oponerle resistencia, por mas que lo conjuraban á ello las ciudades, tomadas y arrasadas poco despues por el invasor; y creyendo que con retirarse libreria á Cholula de las iras de Huemac, convocó al pié de la pirámide á los nobles y sacerdotes; díjoles que el cielo le ordenaba visitar otros reinos para llevarles la luz de su doctrina, y que cuando hubiese terminado tal mision regresaria al seno de sus fieles vasallos, para acabar entre ellos pa-

cíficamente sus días; y, despidiéndolos, se puso en camino, llevando consigo á cuatro de sus discípulos. "Dirigióse—agrega la tradicion—á Ahuillacapan (Orizava), rodeó la montaña ardiente del Poyauhtecat, (pico de Orizava) y fué á embarcarse por Cuatlachtan en un buque cuya popa tenia entrelazadas dos serpientes. Bajó con el rio del mismo nombre hasta el mar, y tomó la costa dirigiéndose al Sureste: se pudo seguir su rastro hasta la embocadura del Coatzacoalco; mas al llegar á esa region desapareció, y ya no se volvió á oír hablar de él."

Brasseur, despues de citar esta version, agrega: "A creer la leyenda, Quetzalcohuatl, habria muerto en esos lugares, siendo llevado su cuerpo en seguida á uno de los mas elevados picos de la montaña ardiente, donde se le tributaron honores fúnebres. Revestido de sus mas ricos ornamentos, fué puesto en una hoguera cuyas llamas presto lo consumieron. Decíase que entónces se vió elevarse sus cenizas hácia el cielo, á guisa de nube rodeada de esos pájaros de brillante plumage tan queridos de Quetzalcohuatl en Tollan, y cuyo canto melodioso le llenaba de regocijo.

El alma de Quetzalcohuatl, trasformada en "quetzal" (pavo real) ascendió á poco magestuosamente de entre las llamas de la hoguera, y volvió hácia el empi-

reo. "porque sabia donde estaba el cielo—agrega la tradicion—y al cielo es adonde fué." Al decir de los antiguos, el sol, despues de la desaparicion de Quetzalcohuatl, se negó á mostrar su luz, y el mundo estuvo privado de ella durante cuatro dias. Posteriormente apareció una hermosa estrella en que habia sido trasformado el profeta; diósele el nombre de Quetzalcohuatl, agregándola el de Tlahuizcalpan-Teuctli ó señor del signo luminoso, y la montaña ardiente del Poyauhtecat fué llamada por causa suya Citlaltepec, ó montaña de la estrella."

XIII

Reyes de Tula hasta Tecpancáltzin, según el abate Brasseur.—Otros detalles acerca del culto de Tlaloc y de Matlacueye.

A la llegada de Huemac con su ejército, Cholula fué destruida como las demas ciudades del valle de Huitzilapan; mas, prendado de la suavidad de su clima el vencedor, reconstruyóla poco despues, y fijó en ella su corte por espacio de muchos años. El disgusto que tal resolucion engendró en los toltecas, fué germinando con el tiempo y estalló al cabo en rebelion, capitaneada en la antigua capital por

Nauhyotl, á quien eligieron rey los sublevados. Bajo su mando vinieron estos en número crecido al encuentro de Huemac, que al frente de sus tropas aguerridas acudía á escarmentarlos; y habiéndose hallado entrambas huestes entre Colhuacan y Texcoco, trabóse una batalla en que la fortuna fué propicia á los enemigos de Huemac, desapareciendo este monarca, y afirmando en sus sienas la usurpada diadema Nauhyotl, que parece ser el mismo á quien Veytia y otros autores dan el nombre de Mitl, y de cuyos funerales hemos hablado. A la muerte de Nauhyotl, su viuda Xiutlaltzin, á quien Brasseur llama Xochiquetzal, tomó las riendas del gobierno, que en seguida y por muerte de esta reina fueron á dar á manos del hijo de entrambos, Tecpancáltzin. No olvide el lector que Veytia para nada hace mencion de Ce-Acatl-Quetzalcohuatl, y que señala como antecesores de Mitl á Necaxoc, Totepeuh, Huetzin, Ixtlicueclhahuac, y Chalchiutlanetzin, fundador de la monarquía.

Dijimos que Mitl habia erigido la rana en divinidad y alzádola un templo: hablamos tambien del culto dado á Tlaloc y Matlalcueye en la sierra que circunda el valle de Huitzilapan; ahora añadiremos algunos detalles respecto del culto establecido por Mitl en Tula, y de los sacrificios

hechos á tales divinidades en diversas partes del reino.

Segun Brasseur, no fué erigida en divinidad la rana por Mitl ó Nauhyotl, pues la figura de ese animal no era mas que uno de los signos ó atributos con que representaban á Matlalcueye, diosa de las aguas. Celoso aquel monarca de la boga que á causa de este culto disfrutaba Cholula, á donde iban en peregrinacion la mayor parte de sus vasallos, resolvió edificar un templo que sobrepusiese en esplendor á cuantos habia en otras partes en honor de la expresada deidad. Reunió en Tula á los mejores artistas, y el nuevo santuario descolló á poco en la cima de una pirámide de varios cuerpos sobre puestos, formando un cuadrilátero con patios y galerias, en cuyo centro estaba el tabernáculo.

“Sus bóvedas de piedra asentadas sobre columnas de alabastro ornadas de relieves—dice el abate—ocultaban á las miradas profanas la imágen de oro macizo de la diosa de las aguas, representada bajo la forma de una muger de tez amarilla, de oro bruñido, con un collar de esmeraldas de que pendía una medalla tambien de oro. Su cabeza, ceñida de una corona de papel azul celeste con colgajos del mismo color hácia atras, ostentaba un penacho verde. Sus arracadas eran de turquesas, rodea-

das de otras piedras finas en mosaico. Tenia enaguillas azules, con la flor "matlalin," de donde le venia el nombre de Matlalcueye, bordadas con franja de conchas, en la mano izquierda llevaba una hoja de nenúfar con ranas de oro, y en la derecha un vaso que remataba en cruz, á manera de custodia; calzaba coturnos blancos y sentábase en un trono rodeado de signos acuáticos. Dábasele tambien los dictados de Apoconallotl ó Acuecuyotl, es decir, "la onda" ó "el crecimiento de las aguas;" de Atlacamani ó "la que mueve la tempestad;" de Ahuic y Ayauh á causa del "flujo y reflujó;" y de Xixiquipilihui, ó "la ola que sube y baja." Estos diversos nombres atestiguaban el temor inspirado por la tal deidad: viósele hasta los últimos tiempos del imperio de Moctezuma como la guarda protectora de las aguas y de los lagos, y reina de los mares, invocada por los nautas en el peligro.

"Así comenzó el culto de una de las más célebres divinidades aztecas: (1) bajo estas diversas denominaciones y otras muchas, erijiéronle templos soberbios en gran número de lugares, y su culto se ex-

(1) Mejor la estaria el adjetivo *tolteca*, puesto que los aztecas no vinieron sino siglos despues al Anáhuac. Hacemos extensiva esta observacion á algunas otras citas anteriores de Brasseur.

tendió con rapidez por toda la tierra americana. Rendíanle sus homenajes los pueblos siempre que se trataba de las aguas. Vista como compañera de Tlaloc, se le invocaba en favor de los frutos de la tierra contra las inundaciones y las tempestades: tambien presidia los matrimonios, y era á ella á quien se ofrecia despues que al corazon del cielo, el recién nacido, en la ceremonia de su bautismo, pidiéndola que en virtud de la ablucion quedase purificado de sus manchas. Nauhyotl no se engañó, pues, levantando altares al culto de Metlalcueye: apenas fué consagrado el templo, cuando los peregrinos y adoradores acudieron á él en masa y el santuario de la Señora de las Ranas llegó á ser á poco uno de los más populares del imperio tolteca.

"Para aumentar el esplendor de su culto, instituyó el rey un colegio de sacerdotes exclusivamente destinado al servicio de la diosa; condenados á continencia perpetua como los tlamacazqui de Quetzalcohuatl, debian estar libres de toda mancha. Sus vestidos eran largos y amplios y de color oscuro; llevaban largo por detras el cuello; andaban descalzos en el interior del santuario, ayunaban frecuentemente, se entregaban á la penitencia y á la contemplacion, y no se mostraban al público sino baja la vista y con toda gravedad y

circunspeccion. El gran sacerdote poseia el título de Achauhtli, ó "el primero entre todos;" su tren, proporcionado á su dignidad y á la grandeza del templo, debia causar especial impresion de temor y respeto. La duracion y ocasion de los sacrificios, calcados sobre los de Quetzalcohuatl, fueron las mismas de este culto; mas, siguiendo la bárbara costumbre en cuyo favor se mostró celoso Nauhyotl al subir al trono, quedó tambien designado el número de las víctimas humanas que en holocausto se debia ofrecer á la diosa.

"Puédese atribuir tambien á esta época la institucion de las fiestas expiatorias de Camaxtli en Tlaxcallan y Huexotzingo, donde se inmolaba á los manes de este dios de la guerra la multitud de cautivos hechos en las campañas. El templo de Tlaloc erijido en la cumbre de la montaña del mismo nombre del lado de Texcoco pertenece al mismo periodo. Hemos descrito anteriormente la estatua de la divinidad, que tenia asimismo el título de padre de los tlaloques ó dioses protectores de las siembras; por eso se le llamaba Tlalocanteuctli, señor del Tlalócan ó del paraiso terrestre. Tlaloc era invocado como dios de las aguas, dueño de las tempestades y de las lluvias, y providencia divina para los bienes de la tierra. Sus devotos eran muy numerosos, sobre todo por

el rumbo de Texcoco; distinguíasele por su rostro deforme, cuyas facciones representaban los signos de los fenómenos diversos producidos por las aguas y tempestades; poníanle en la diestra una gran lámina de oro bruñido rematando en punta, que significaba los efectos del rayo.

"Luego que brotaban las plantas, se le ofrecía en sacrificio un niño y una niña de tres á cuatro años, quienes no debian ser ni esclavos ni plebeyos, sino descendientes de la primera nobleza; presentaban tal ofrenda á Tlaloc para obtener su ayuda á fin de que los granos llegasen á perfecta madurez. El sacrificio, por lo comun, tenia lugar en los mas elevados montes, y una vez inmoladas las tiernas víctimas, encerraban sus cuerpecitos en una especie de ataud ó cofre de piedra, y eran conservados á guisa de reliquias. Cuando las milpas y demás siembras de la estacion llegaba á cierta altura, recibia Tlaloc nuevas aunque menos preciosas ofrendas: los señores mas ricos se cotizaban para comprar cuatro niños de más edad que los primeros; este segundo sacrificio era más horrible que el anterior; encerraban á las víctimas en una gruta donde, sin luz ni alimentos, quedaban entregadas al hambre y á la desesperacion del miedo.

"Tlaloc tenia en todo el Anáhuac gran